

CÓMO SALVARON UNA VIDA

Los padres de Mario eran misioneros en la India. Vivían en la ciudad de Bangalora. Había en esa ciudad muchas personas que no habían oído nunca hablar de Jesús ni de su amor. La mayoría de ellas eran hindúes, adoradores de ídolos.

Cierta tarde, Mario, que tenía entonces nueve años, se hallaba con su madre y una maestra misionera en un barrio de la ciudad muy alejado de la misión donde vivían. Habían alquilado un cochecito típico de la India para regresar a casa. Esa clase de coches se llamaba "gharry". Tiene dos asientos, uno frente al otro, y otro asiento alto, adelante, donde se sienta el cochero para manejar el caballo.

Esa tarde, mientras el caballo iba trotando por el duro camino, dejando oír el ruido característico de sus cascos, Mario notó de repente a un grupo de hindúes reunidos al pie de la colina sobre la cual estaban construidos los edificios de la misión. Dicho grupo estaba cerca de un estanque de aguas destinadas al abastecimiento de la ciudad.

- ¡Miren toda esa gente! – exclamó Mario.

- ¿Qué habrá sucedido? – dijo la madre.

- Yo iré a ver de qué se trata – dijo la maestra. – Cochero, deténgase, por favor, al lado del camino, bajo ese árbol. Hace demasiado calor para quedarse al sol.

- ¿Puedo ir yo también con ustedes? – preguntó Mario a la maestra.

El cochero detuvo al gharry debajo del árbol, y sus tres pasajeros se bajaron para dirigirse hacia el grupo de gente.

- ¿Que ha sucedido? – preguntó la maestra a un hombre que estaba allí.

- ¿Se ha hecho daño alguno?

Notaron enseguida a un niño que yacía inmóvil en el suelo. Tenía los ojos cerrados, y parecía muerto. La madre de Mario y la maestra se inclinaron sobre él y le tomaron el pulso.

- Cayó en el estanque – dijo alguien hablando en idioma tamil.

La maestra entendía este idioma, y preguntó:

- ¿Dónde está su madre? ¿Está aquí?

- No; está trabajando – explicó una mujer. – Trabaja para una familia inglesa que vive en una casa grande al lado de la plaza del mercado. Ella no sabe que sus hijos estaban aquí. Los dejó en casa, vinieron a jugar.

- La madre no vendrá a casa hasta la noche – añadió otra mujer.

- ¿Y qué dirá cuando venga? – dijo con tristeza una mujer de más edad, sacudiendo la cabeza. – Porque éste es su único hijo varón. Sólo le queda, además, una niña.

- Ella vendrá ahora si alguien va a comunicarle que falleció su hijo – dijo una niña.

- Aquí está la hermana del muchacho – dijo un hombre, señalando a una niña de unos cinco años, que miraba muy asustada.

- Yo voy a avisar a la madre – dijo la joven que había hablado antes, y se dirigió hacia el camino.

- ¡Espere un minuto! – le dijo la maestra. – No vaya todavía. Creo que puedo salvar al muchacho; por lo menos voy a probar.

La mamá de Mario ayudó a la maestra a dar vuelta al niño, de manera que tuviese la cara hacia abajo, y juntas le alzaron un poco para que saliese el agua que tenía en la boca y la nariz. Luego la maestra se arrodilló en horcajadas sobre el niño y empezó a comprimirle el pecho y aliviar la presión con movimientos regulares. Esto es lo que se llama administrar respiración artificial, y tiene por fin hacer recobrar el conocimiento a una persona que se ha ahogado o asfixiado.

Sólo se necesitaron algunos minutos de esto para hacer funcionar de nuevo los pulmones del muchacho, que al rato estaba respirando como de costumbre.

Abrió los ojos y miró alrededor de él con aire extrañado, luego los volvió a cerrar. Parecía muy cansado.

Mientras la maestra estaba trabajando con el niño, un hindú dijo a la persona que estaba cerca de él:

- Yo sé quiénes son estas personas. Son las misioneras que viven en la casa que está allí arriba – y señalaba hacia la cumbre de la colina; luego miró con sorpresa al ver que el niño respiraba otra vez.

- ¡Ah! ¡Los misioneros han hecho revivir al niño! – dijeron los hindúes uno al otro.

- Ahora su mamá no se afligirá, sino que va a estar muy contenta.

La maestra se volvió hacia la niña que había ofrecido llamar a la madre del muchacho y le preguntó:

- ¿Vive cerca de tu casa?

La niña sacudió la cabeza para decir que sí, y contestó:

- Vivo en la casa del lado de la suya. Es al otro lado del camino, allí – y señalaba a una casita pequeña.

La mamá de Mario y la maestra ayudaron a llevar al niño a la casita, donde lo acomodaron para que pudiese descansar hasta la noche; luego regresaron al coche.

Mientras el caballo iba caminando cuesta arriba y las rudas del gharry giraban lentamente sobre el camino, Mario preguntó:

- ¿Habría muerto ese muchacho si nosotros no hubiésemos llegado a tiempo?

- Sí, habría muerto a los pocos minutos – contestó la maestra. - ¿Notaste que nadie hacía nada en su favor? ¡Qué imponentes estaban todos!

- No sabían qué hacer – explicó la mamá de Mario. – Para esto vinimos a vivir entre los hindúes, para enseñarles y para salvar vidas. Después de lo que ha sucedido, esa gente estará más dispuesta a escuchar cuando les hablemos de Jesús y del cielo.

- ¡Cuánto me alegro de que pudimos hacer algo en su favor! – dijo Mario reflexivamente. – Me alegro de que hayamos venido a la India. Cuando sea grande, yo también quiero ser misionero y ayudar a la gente.